

RESEÑAS

ARANA, J. (coord). *Concepciones antropológicas de los protagonistas de la revolución neurocientífica*. Valencia, Tirant Humanidades, 2023, 516 pp. ISBN 9788411830591

El hilo conductor de este volumen es un tema de indiscutible actualidad, como lo es la relación entre la mente y el cerebro, en el que la filosofía y la ciencia contemporáneas se vienen ocupando intensamente durante las últimas décadas. Lo que en el siglo XX se llamó «el problema duro de la conciencia» es una manera de designar un conjunto de cuestiones científicas y filosóficas que gravitan sobre el concepto del hombre, su idiosincrasia ontológica y el sentido de su comportamiento. Desde luego, el tema en cuestión va mucho más allá de la relación misma entre la mente y el cerebro, puesto que implica y contribuye a delinear un ámbito de pensamiento sobre la visión del ser humano que subyace al tratamiento explícito de esa relación. De ahí el acierto de Juan Arana al delimitar ese ámbito desde las concepciones antropológicas de los autores que nos presenta.

La diversidad de protagonistas que reúne este libro pone en primer plano su contribución a la revolución neurocientífica desde ángulos ciertamente diferentes, que responden al proyecto común de proponer una explicación de la mente humana a la altura de nuestro tiempo. El volumen se abre con un estudio sobre William James, como el padre de la neurociencia cognitiva, a quien se debe también hallazgos de gran importancia sobre la variedad de la experiencia humana, el comportamiento fluido del vuelo del pensamiento o la consideración anticipatoria de la corriente de la conciencia. Muy conocidos son asimismo Popper (123 ss.) y Eccles (155 ss.) en el campo de la filosofía de la mente, el primero por su visión de los tres mundos y la defensa del carácter objetivo del mundo 3, de cierta inspiración platónica, y el segundo por su acendrada afirmación de la diferenciación cualitativa del ser humano desde las bases de su investigación científica, que este Premio Nobel de medicina y discípulo de Sherrington compartía en gran medida con Popper. El autor que acabamos de

mencionar completa, por así decirlo, el trío de estos investigadores muy cercanos en el tiempo y en el lugar de sus actividades científicas, con una exploración científista sobre la posición del hombre en la naturaleza, que sitúa a Sherrington en un puesto prominente de la historia de la investigación neuronal. Su interés y admiración por Ramón y Cajal confirman la convergencia de sus respectivas investigaciones y la excelencia de las mismas.

Los estudios sobre la investigación española se inauguran con Ramón y Cajal, sin duda «el mayor de los científicos» (45) de nuestro país, en quien la obra del investigador se muestra acrisolada por su acendrada calidad como persona. De ahí que la ineludible exposición de sus hallazgos científicos vaya unida a la valoración de sus creencias, como motivos éticos e intelectuales que impulsaron los grandes logros de su excelente actividad científica. Rof Carballo también recibe el tratamiento adecuado a su contribución a la historia de la medicina en España en el campo de la neurofisiología (181ss.), así como a la importancia de los afectos en la actividad psicósomática y su relación con el desarrollo de la identidad personal. Fernando Reinoso y Joaquín Fuster completan la presencia española en este volumen; del primero se destaca su decisivo papel en el nacimiento de la neurociencia en nuestro país, en la segunda mitad del siglo XX y del segundo su afirmación de la libertad dentro del horizonte de la racionalidad científica. Cabe afirmar que estos representantes de la neurociencia española tienen un vínculo común en la dimensión humanista de su pensamiento y su interés por diversos ámbitos de la cultura, lo que permite hablar de una «tradición hispánica de médicos humanistas» (295) –que se remonta, por cierto, a épocas muy lejanas–, cuyo especial significado en estos momentos es su especialización focalizada en un tema tan difícil como la relación entre la mente y el cerebro, pero evitando cerrarse en los límites de un estricto cientifismo.

En el ámbito internacional, se encuentran de diversas maneras las cuestiones que ya se han presentado, junto a otras propuestas que reciben su propio sello del contexto cultural de los investigadores. El pormenorizado estudio de J. Arana sobre el darwinismo neuronal de Edelman (252ss.) permite captar las complejas elaboraciones que son necesarias para explicar la mente y la conciencia a partir de un enfoque puramente fisiológico. Por eso encontramos en otros protagonistas hipótesis diferentes sobre la naturalización de la conciencia, así como una pretensión de mayor alcance acerca de su concepción del mundo y de la vida. Dennett comparte con Edelman su inspiración darwinista y, más allá de Darwin, invita a reflexionar sobre cuestiones como la existencia de la vida en el mundo y que éste no sea un mero conglomerado de *partes extra partes*, pero su explicación de la conciencia como una ficción análoga a la interfaz de un ordenador (327) nos resulta decepcionante. De todos modos, es de agradecer

la claridad con la que muestra los límites internos a su manera de disolver todos los aspectos de la realidad en bases meramente materiales.

La analogía entre la mente humana y un ordenador no es universalmente compartida en neurociencia, como evidencia el interesante argumento de Gelernter (cf. 445ss.). Más aún, que los estados mentales –y la conciencia misma– sean intrínsecamente referenciales supone ya una ampliación del marco conceptual de otros planteamientos. En una línea distinta, pero que también implica una cierta flexibilización del horizonte materialista, se puede situar a Damasio (cf. 339ss) y a Dolan (cf. 425ss.) por su atención, desde polos distintos, a las emociones y a los sentimientos. Que la neurociencia se ocupe de estos aspectos de la vida subjetiva interesa mucho por lo que significa de ensanchamiento de lo racional en el ser humano, a la vez que viene a refrendar intuiciones y tesis que encontramos tanto en la filosofía como en la literatura. «Piensa el sentimiento, siente el pensamiento», afirmó Unamuno anulando la frecuente oposición entre sentimiento y razón. Pero el pensamiento y el sentimiento unamunianos remiten a un yo de un protagonismo innegable, cuya validez y autonomía no entran en cuestión. En cambio, en la neurociencia la autonomía del yo es un asunto problemático si se considera únicamente a partir de las investigaciones, pues el análisis del cerebro no puede por sí solo –todavía– dar el salto a la comprensión total de la subjetividad. Así parecen indicarlo las ambigüedades del famoso «experimento de Libet» (cf. 219ss.), donde el problema del tiempo, su registro cerebral y su valoración subjetivo-objetiva introducen variables decisivas para la afirmación de la libertad.

También se pueden interpretar como una apertura del horizonte temático inicial de la neurociencia las investigaciones sobre la intencionalidad compartida (Tomasello), la consideración temática del cuerpo y el entorno (Fuchs) o la propuesta de un nuevo humanismo científico (Kandel). Desde nuestra propia perspectiva filosófica, encontramos aquí una mayor cercanía a tesis filosóficas bien conocidas que por vías distintas conducen o al menos se orientan hacia una consideración del sujeto de las experiencias investigadas. Porque la intencionalidad compartida como característica de lo humano nos permite pensar en términos de intersubjetividad, así como la perspectiva relacional que incluye el cuerpo y el entorno en el estudio del cerebro no deja de responder a un enfoque holista que entra en convergencia con temas fenomenológicos muy conocidos, como «el cuerpo vivido» y la «intencionalidad operante» de Merleau-Ponty. En cambio, las características de un nuevo humanismo basado en una nueva biología de la mente contienen, a nuestro entender, un riesgo de regresión hacia conclusiones básicamente neurobiológicas o incluso fisiológicas, tal como se nos presenta la biología moderna del espíritu de Changeux.

La importancia y el innegable relieve científico de los autores seleccionados –varios de ellos, Premios Nobel– hacen de esta publicación coordinada por

Juan Arana un libro fundamental para conocer de forma precisa los avances más significativos sobre la investigación neurocientífica contemporánea. Por ello, no solamente ha sido oportuno dar a conocer las concepciones antropológicas de los distintos investigadores, sino que además éstas se exponen de una manera clara y ordenada, haciendo comprensibles el estado de la cuestión, sus raíces próximas y perspectivas de futuro (cf. 19). Los temas filosóficos que se encuentran entrelazados en ellas son tan conocidos como el naturalismo y la causalidad al servicio de una naturalización de la conciencia hasta su interpretación materialista, lo que ya Husserl analizó críticamente a comienzos del siglo XX. Asimismo, la gran mayoría de los científicos se oponen al dualismo del Descartes más racionalista –con alguna excepción, como Penfield (91)–, tanto por exigencias de la propia investigación como por convicciones externas a ella. En realidad, es la concepción de la conciencia el gran tema que directa o indirectamente subyace a estas investigaciones sobre la relación entre la mente y el cerebro: si mente y conciencia son o no una misma cosa, si es posible la objetivación completa de lo subjetivo, si hay, en definitiva, una conciencia humana, irreductible y cualitativamente distinta de los procesos cerebrales, etc. Más aún, en algunos casos estas cuestiones filosófico-científicas dan paso a discusiones de mayor alcance, sobre el origen del universo, la causalidad divina o si todo se debe a un diseño inteligente, de suerte que se renueva la clásica controversia del siglo pasado entre Copleston y Russell bajo una óptica distinta.

En términos generales, entendemos que la apertura de la neurociencia a una comprensión de la conciencia en clave no naturalista sigue siendo una tarea pendiente. Y precisamente por ello la revolución neurocientífica es tanto más fascinante, por todo lo que descubre y por todo lo que queda por discernir, entre otras cuestiones: la diferenciación entre lo objetivo y lo subjetivo y entre lo humano y lo prehumano, la insuficiencia de la «explicación» como recurso metodológico único para dar cuenta de la validez de esa diferenciación y las limitadas conclusiones de la experimentación neurofisiológica para proporcionar una concepción científica adecuada de la libertad humana.

Todo ello invita a reflexionar sobre los vínculos internos entre ciencia, cultura y creencias. El peso de estos vínculos en un contexto cultural determinado es evidente. La mayoría de estos protagonistas de la revolución neurocientífica actual beben sus fuentes en la expansiva cultura angloamericana, salvo la presencia minoritaria de autores como Luria o Rita Levi-Montalcini, pionera femenina en este campo. Además, hemos de reflexionar sobre el significado seminal de la neurociencia, tanto en sí misma como en su capacidad de difusión en otros ámbitos del saber: hoy tenemos una neuroética, una neuroreligión y una neuroteología, como resultado de la innovación que aquella ha supuesto en diferentes campos del saber.

Como ya he indicado, los investigadores reunidos en este volumen tienen en su mayor parte concepciones antropológicas ajenas a la neurociencia, por lo general con una base filosófica en la que sustentan algunas afirmaciones sobre el ser del hombre y su constitución ontológica. Este interés por cuestiones antropológicas fundamentales puede redundar, a mi juicio –y ciertamente redundaría ya–, en una fructífera comunicación interna entre ciencia y filosofía que no debería conducir a una reducción de la filosofía a una metateoría científica o a una justificación más o menos teórica de cualquier tipo de reduccionismo. A este respecto, apreciamos en la selección de los protagonistas que ha realizado Juan Arana el propósito de que esta panorámica sobre la investigación de la relación entre la mente humana y el cerebro ofrezca al lector una visión plural y positiva del quehacer de la ciencia. Pues no se trata de dejar de ser humanos en aras del predominio de lo científico, sino de ser cada vez más humanos de verdad.

MARÍA DEL CARMEN PAREDES MARTÍN
Universidad de Salamanca

DELGADO, S. & JIMÉNEZ-DÍAZ, J. F. *Ideas políticas para un mundo en crisis: de la Ilustración al siglo xx*. Comares, 2021, 377 pp. ISBN: 978-84-1369-128-2

Esta obra nos lleva a realizar un viaje a través de la historia de las ideas políticas que parte de la Revolución francesa y culmina tras la Segunda Guerra Mundial. La obra se propone un doble objetivo. En primer lugar, el de establecer un estudio exhaustivo sobre las ideas de los autores más destacados del pensamiento político occidental. En segundo lugar, busca establecer un diálogo que nos permita afrontar con las mejores herramientas «este convulso e incierto primer tercio del siglo XXI» (pág. XVII).

Ideas políticas para un mundo en crisis viene a ampliar, completar y, en último término, renovar la obra que Santiago Delgado Fernández y José-Francisco Jiménez-Díaz editaron en el año 2008 bajo el título *Introducción a la Historia de las ideas Políticas Contemporáneas. Desde la Revolución francesa a la Revolución rusa*. Asimismo, como exponen los propios editores en el prefacio, la obra pretende constituirse en la continuidad obligada de *Sobre política. Ideas políticas desde la Polis a la Revolución inglesa*, libro colectivo publicado en 2018.

El recorrido histórico que nos propone se realiza en 17 capítulos en los que participan 16 investigadores. En este sentido, a pesar de la diversidad de autores, así como la amplitud temporal abordada, se consigue mantener un hilo conductor bien hilvanado y una estructura común básica en cada uno de los